

**SU CARÁCTER.**—No era Marañón ni sereno ni tranquilo. Sus obras corresponden a sus preocupaciones temperamentales. Se preocupa de la timidez que, objetiva, es similar, y sobre todo tiene la preocupación, no superada, del liberalismo, no obstante su distanciadador aristocratismo intelectual, que proyecta y exterioriza en su horror al turismo masivo, dato que anotamos simplemente sin criticar.

También le preocupa el tema de la ingratitud y del olvido, sobre todo en el olvido de la gente de Toledo. El pueblo no agradece al que le hace un bien a través de la Gaceta, hoy Boletín Oficial, que o no conoce o cree que si hace bien con su cuenta lo hará, en lo que, a veces, acierta. La gente respeta al que convive con ellos modestamente y juntamente con ellos soportan las chinias de la calle y los frios del invierno.

**SUS IDEAS PEDAGÓGICAS.**—No podía estar ajeno Marañón siendo docente; pero lo trata elegantemente, un poco al desgaire; parece que casi quisiera no tratar tan hiriente problema, pero hay tres ideas que se le escapan: El tema de las oposiciones, que insistentemente recuerda con dolor. Nunca quiso hacerlas; acaso confiase poco en su fuerza de memoria, no obstante que creemos que muchos de los datos que da los recoge de su memoria.

Las oposiciones para él fueron un escollo y no quiso ir a ellas. Ya tenía fama de sabio y lo era ya a principio de siglo. (Hacia el 18 ya le retrató Vázquez Díaz: cara seria, amable, mirando al microscopio; retrato que publicó la «Esfera» y vemos en la reciente retrospectiva de los 50 primeros años de arte de nuestro siglo).

La idea que con más soltura emitió en un artículo del A B C, al recordar el poco estímulo que el profesor tiene para el trabajo en clase, es porque en los curriculum se cotiza todo trabajo fuera de cátedra y nada la labor que se hace dentro de ella, y, en general, porque no nos quitamos la careta y confesamos que lo que premia la administración es el trabajo que se ha hecho a expensas de las horas que se deben a los alumnos.

La labor de clase no se hace a la luz del reconocimiento ni en la espera de la gratitud oficial.

**SU AMOR A TOLEDO.**—Respecto a Toledo, no nos cabe duda que lo amó intensamente, pero quizás amó más al frágil caserío, visto desde su cigarral y enseñado a unos sabios mundiales que a las personas que tildó de olvidadizas, como le oí decir en ocasión de un número de la revista hablada «Ecos» el mismo día que actuaron Mayalde y Domingo Ortega.

Desde luego que Toledo no ha tenido otro valorizador tan constante y de tanta categoría, ni de más altos vuelos, ni de más honda eficacia. Su cigarral, con exquisito gusto ambientado, es el lugar donde con más cariño e insistentemente se ha cantado la peñascosa pesadumbre de la roca toledana. Gente selecta de todo el mundo la ha admirado desde allí. Ha sido el ministro intelectual plenipotenciario más desinteresado, elegante y galante con la urbe, acaso más dedicado a ella que a la civitas en donde se adentró menos que en las callejas. Al influjo de su palabra acariciadora, las piedras vulgares y alacraneras del contorno urbano se han hecho tesoros de Aladino, y cada mortal que tenía un peñascal, en donde en algún caso no tenía espacio suficiente para caerse muerto, lo ha vendido a valorado en muchas miles de pesetas.

Con el espacio suficiente para tres albaricoqueros, dos almendros y tres peñas y una choza, se piden cifras astronómicas, en la seguridad de que algún aspirante a intelectual lo adquirirá, pensando que el ser propietario de un

Paraiso de estos es suficiente dato para entrar en las filas de la alta cultura.

Y esta valorización del cerro toledano se debe a Don Gregorio; sin él estas zonas se hubieran valorizado, pero nunca tanto.

Su descanso semanal en su cigarral racionalizó en lo posible el trabajo del intelectual madrileño, sacándolo del agotador ambiente urbano, aunque hubiera sido mejor que en sábado y domingo no hubiera hecho nada. Valorizó el suelo toledano, pero del mejor modo, sin congestionar Zoco-dover, que es lo que asfixia a la urbe.

El Derecho Romano habla de personas, cosas y acciones. Sus acciones fueron elegantes; socorrió conventos, atendió gratis a mucha gente en silencio; no negó un saludo. Bueno con los pobres, lo fué con todo el pobre de espíritu o uno que le pedía un prólogo o una dedicatoria de un libro suyo.

Unas pobres ideas mías sobre un problema del Greco, las acoge en su obra «Toledo y el Greco», incluyéndome en su bibliografía, lo que no han hecho otros autores de obras con pretensiones de ser más exhaustivas.

No obstante, creemos que no se volcó aquí excesivamente con la gente. En general, parece que nos trataba a honesta distancia, según frase que achacaban a Don Cristino Martos. Tenía afecto respetuoso a Don Julio Pascual; alabó a Don Clemente; tenía buena amistad con los médicos, como el Sr. Delgado y el muerto Don Angel Moreno; a Don Victorio Macho, y pocos más. Era fiel al plan de relativo descanso que aquí se proponía. No quería a su voz de maestro para cantar las glorias de Toledo; no quería, con buen gusto, que se uniera un coro de ranas que suelen ser los séquitos de admiradores de los grandes hombres. Su discreta capa de colegial sumiso, era muralla fuerte y seguro valladar a la populachera y vulgaridad.

Cantor del hechizo de Toledo y de las glorias de Toledo, ha habido muchos, aunque no de su categoría; pero su gloria especial ha sido el hechizo con que ha sabido envolver su admiración por su vieja urbe y sus fuertes peñascales. El prestigio de su persona y el encanto de su ejemplo ha hecho que ásperos roquedales valgan tesoros y chavolas vulgares se vendan como palacios. Cuánto vulgar peñas-tendiente se ha hecho rico por el amor a la historia de Mara-ñón y de quien no es Marañón. Lo único que queremos es que un día un autoteniente de éstos no atropelle nuestra impenitente infantería. Cuánto hombre motorizado entre todos hemos alimentado con hojas de Historia.

Marañón, como decía Zorrilla, «cantando de mi palma las glorias he vivido».

A cuánta gente la pluma y la sombra de Marañón ha enriquecido; y si grande ha sido su eficacia, acaso lo sea más su estela familiar: sus sucesores, encariñados por las empresas y gustos del patriarca, acaso en las cercanías de la Estación reconstruyan palacios de Aladino en lo que ya casi eran establos de cabras. De estas cosas Toledo debe mostrarse agradecido y acusar la sensibilidad del impacto enriquecedor.

